

ANGELUS

¡ Mirad al montañés ! ¡ Qué desgredada
 Agita el viento su melena oscura !
 El sombrero en la mano fuerte y dura
 Y el hacha sobre el hombro recostada.

La faz de bronce por el sol tostada
 Tiñe el ocaso con su lumbre pura,
 Y en los lejanos riscos de la altura
 Divisa su cabaña inmaculada.

Mueve sus labios la oración ferviente
 Saludando a la Virgen soberana.
 Se escucha el murmurar de limpia fuente

Que en lo más alto de la sierra mana,
 Y llena los espacios la doliente,
 La misteriosa voz de una campana.

JORGE RUBIO MARROQUIN

LA TOLERANCIA LEGITIMA

LA TOLERANCIA, por el reverendo padre ARTURO VERMEERSCH, S. J., doctor en derecho y ciencias políticas y administrativas, profesor de teología moral y derecho canónico—Traducción y prólogo de don Manuel Cabrera y Warleta, catedrático de derecho canónico en la universidad de Valencia. Con aprobación de los excelentísimos y reverendísimos señores arzobispos de Friburgo y Valencia—En 8.º (XXVIII y 299 páginas)—B. Herder, Friburgo de Brisgovia—Alemania.

La sola enumeración de los problemas tratados en este libro dará idea de su profundidad y extensión. Hé aquí las grandes divisiones de la obra: La tolerancia en la vida privada, La tolerancia en la vida pública, La tolerancia eclesiástica, Del poder coercitivo de la Iglesia, singularmente del *jus gladii*; La tolerancia civil; Corolarios y problemas; Ojeada histórica.

Puntos tan numerosos y diversos los trata el autor con claridad, profundidad y erudición de maestro. Porque, en efecto, el padre Vermeersch es profesor eminente y fecundo escritor, que ha dado mucha gloria a Bélgica, su patria, y a la Compañía de Jesús.

Es, pues, esta obra, que damos a conocer a nuestros lectores, de capital importancia, no para espíritus frívolos, sino para hombres pensadores.

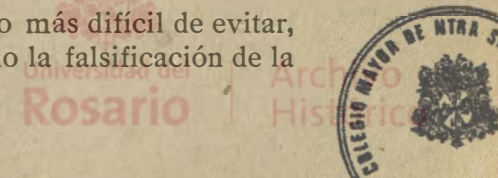
La tolerancia bien entendida, tanto para el particular como para el estado que llegue a poseerla, es una virtud cristiana; pero si toda virtud puede ser contrahecha, ninguna tanto como la tolerancia, y de ahí la necesidad de distinguir bien la verdadera de la falsa.

Si todas las virtudes se encuentran entre dos extremos y en todas es difícil acertar con el medio, la tolerancia se halla entre tres extremos, y acertar con ella es, por tanto, más difícil.

Es el primero y peor extremo la intolerancia diabólica: la que no permite al bien respirar ni vivir. Tal fue la intolerancia de los fariseos que no sufrieron la doctrina de Jesús—voz de Dios hablada en la tierra por el mismo Dios—y persiguieron hasta clavar en un patíbulo al Verbo Eterno que la predicaba. Tal ha sido, desde Nerón hasta Alfonso Costa, Viviani y Pancho Villa, la intolerancia de todos los perseguidores de la Iglesia.

Es el segundo extremo la intolerancia que pudiéramos llamar terrena, porque procede del olvido de la grandeza, longanimidad y providencia de Dios. En este extremo incurrieron los apóstoles Juan y Santiago, cuando, al ver que los samaritanos no recibían a Jesucristo, le dijeron: “Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo para que consuma a éstos?” Y el Señor se apresuró a reducir a sus discípulos al justo medio, dándoles esta divina lección de tolerancia: “No sabéis el espíritu que os mueve. El hijo del hombre no vino a dar muerte sino salvación.”

Finalmente, hay otro extremo más difícil de evitar, puesto que no es la antítesis, sino la falsificación de la



tolerancia. Es el que magistralmente un poeta colombiano retrató en aquella exquisita letrilla que comienza:

Míra, Pedancio,
si quieres ser
hombre pacífico,
hombre de bién,
hombre benévolo,
hombre sin hiel,
fuerza es que a todo
digas: *Amén* (1).

y en otra en que dice:

Entre estos extremos
un hombre he encontrado
que será, y ha sido,
y es mi candidato.

.....
Es el justo medio,
el hombre cuadrado,
que hará que se estrechen
con íntimo lazo,
y se unan por siempre
lo negro y lo blanco,
lo lindo y lo feo,
lo dulce y lo amargo,
lo rojo y lo godo,
lo ruso y lo aliado,
los niños, los viejos,
los gordos, los flacos,
los ricos, los pobres,
los necios, los sabios,
los topos, los linceas,
los diablos, los santos,
corderos y lobos,
ratones y gatos,
cuadrúpedos, peces,

(1) Coplas escogidas de Ricardo Carrasquilla, página 136.

reptiles y alados,
la luz, las tinieblas,
lo cierto y lo falso,
olimpio y averno,
virtud y pecado;
en una palabra,
lo bueno y lo malo (1).

Entre estos tres extremos el padre Vermeersch se apoya firme en el centro de gravedad, y sin fluctuación alguna sostiene su actitud desde el principio hasta el fin de su obra.

Por esto me atrevo a asegurar que encontrará este libro muchos adversarios y de los campos más opuestos: todos los que estén en alguno de los extremos indicados.

La intolerancia diabólica claro está que hará asco del libro todo. Basta que haya sido escrito por un jesuíta.

Pero tampoco la intolerancia terrena o ultrarrígida dejará de hallar ideas que tachar y corregir: véase una para muestra.

“El hombre de estado católico no puede tener más que un punto de vista: el bién común, dentro del respeto a todos los derechos, y la fidelidad a todas las promesas. El Evangelio, en el cual cree, impide la propagación de la fe por la violencia.

“Llegando a ser mayoría política, queremos decir, esa aplastante mayoría que posee la fuerza consciente de todas las audacias, los católicos, según sus mismos principios, deberían a disidentes e incrédulos igual protección que a todos los ciudadanos, y habrían de respetarles el goce de sus derechos civiles. En posesión pacífica de la libertad, los disidentes no han cometido, como tales, ningún delito que permita despojarles de ella. No han faltado a ninguna obligación social. Su

(1) *Ibidem*, página 139.

persona sería intangible; quedarían en pie sus libertades.

“Vayamos más lejos: ¿qué harían los católicos si todo el país volviera a la verdadera fe? Tratarían, sin duda, de conservar el inmenso beneficio de esta concordia. Pero, ¿deberían, a este efecto, erigir la herejía en delito, castigarla con multa y prisión? Nada lo prueba. Hemos citado ya la excelente frase de V. Jacobs: *Si la unidad religiosa renaciera, se reflejaría en las leyes, pero no se reflejaría menos en ellas el espíritu de la época* (1).”

En otra parte (2), condensa el autor sus ideas sobre la tolerancia civil, en esta forma, poco más o menos: los representantes del estado en muchos casos carecen de misión para proteger o defender la religión, porque los ciudadanos tácitamente han separado del fin común sus intereses religiosos; pero tampoco tienen ningún derecho para oprimirla. Esta situación ha sido llamada la hipótesis. La tesis en cambio se realiza en una sociedad completamente cristiana. Podría compararse la tesis a un ideal cuya realización perfecta no pertenece a este mundo; y con todo es preciso tender, con prudencia sin duda, y sin violentas sacudidas, pero también constantemente, a ese ideal, la comunión en la verdad.

Notemos aquí de paso que por dicha nuestra en Colombia los representantes del estado sí tienen misión oficial para proteger la única verdadera religión, y que por tanto es hoy día en el mundo la nación que más se acerca al ideal de felicidad social de que el autor nos habla.

En cuanto a los tolerantes extremados, ¿cómo no citarles también alguno entre los muchos pasajes que les han de saber mal?

(1) Página 208.

(2) Página 205.

Resume el autor en estas palabras la santa intolerancia—que se hermana con la tolerancia justa—de la Iglesia (1).

“Resumamos: la tolerancia o la intolerancia eclesiástica es un hecho que se manifiesta unido al poder religioso. Aparece en la doctrina, en la dirección y en la propaganda, o, para mejor distinguir y precisar, en la condescendencia o en el rigor con que la autoridad religiosa enseña y exige la adhesión a su fe, disimula o castiga las disidencias, acepta o rehusa pactar con otras religiones y trata a los adeptos de las mismas.

“Suprimidos el odio, el desprecio o el desdén hacia los extraviados de otros cultos o los infieles, la intolerancia eclesiástica puede ser una palabra impopular, pero la realidad despierta simpatías en cuanto hay en nosotros de más elevado y generoso. Habla de una convicción y de una confianza, allá donde la tolerancia habla de escepticismo o desesperación; revela una fuerza, allá donde la tolerancia no indica más que debilidad e impotencia; inspira un celo salvador, mientras que la tolerancia conduce más bien a una indiferencia egoísta. Firme en su actitud, sigue lógicamente a una palabra divinamente revelada.

“La Iglesia católica no puede odiar a nadie, ni pasa indiferente junto a ninguna miseria. Sus principios le impiden la conversión por las armas y el abandono descuidado de cualquier hombre. Es la más intransigente, la más intolerante de las iglesias, pero también la más amante. Su intolerancia es un fruto de su fe y atiza la llama de su apostolado. Según la expresión de un arzobispo francés, la Iglesia católica tiene la intolerancia de la verdad y de la caridad. Y en todo el curso de su historia hace surgir de su intolerancia la más pura de sus glorias: sus mártires, que tienen de púrpura la bandera de la verdadera libertad de conciencia, muriendo por su Salvador, por su Dios.”

(1) Página 45.

Después de estas citas, que señalan los límites dentro de los cuales desarrolla el autor sus ideas, sólo añadiré que las afamadas revistas *Civiltá Cattolica* (1), y *Stimmen aus Maria Laach* (2), han dado de esta obra un juicio muy laudatorio.

Por mi parte creo que bien pudiera llamarse el *Código de la bien entendida tolerancia*. Que ojalá lo lean y lo estudien los que, extremando entre nosotros las ideas de tolerancia, tanto mal han hecho y amenazan hacer a la Iglesia católica y a la sociedad colombiana.

FÉLIX RESTREPO, S. J.

(De *Horizontes*)

EN LA MUERTE

DE LA SEÑORA DOÑA SOFÍA MALLARINO DE CÁRDENAS PIÑEROS

Anticipados frutos recogiste
De las virtudes que sembró tu vida ;
Y aquí no más, a fiel consorte unida,
En venturoso hogar dichosa fuiste.

¿ Por qué a otra vida, pues, volar quisiste ?
¿ No eras aquí de todos bendecida ?
¿ No te amábamos tanto ? ¿ Y tu partida
No esparce en derredor lamento triste ?

¡ Mas ay, que la implacable Segadora
Ni al influjo miró de tu alma bella,
Ni al dolor del esposo que hoy te llora !...

¡ Sentí un instante de la duda el hielo :
Alcé los ojos, y una nueva estrella
Vi fulgurar en el azul del cielo !

Mayo 6: 1915

ANTONIO OTERO HERRERA

(1) 1912, II—Páginas 585 a 592.

(2) 1913, III—Páginas 323 a 325.